

Dos funerales, dos vidas, dos legados

El no moverse hizo a estos hombres figuras mundiales. Y el no moverse en términos doctrinarios, defendiendo una forma tradicional de entender la vida, el deporte y las creencias, los transforma para sus nostálgicos en paladines de lo permanente en un mundo en constante movimiento.

ROBERTO HERRSCHER

Profesor del Departamento de Periodismo,
Universidad Alberto Hurtado.

Comienza el año con los funerales de dos hombres aparentemente muy distintos, que pasarán a la historia, y que los curiosos designios de la muerte aunaron en las portadas de los diarios y los inicios de los noticieros.

Ambos eran ancianos, y estaban disminuidos en sus otrora asombrosas facultades, enfermos, cercanos al final.

Ninguno de los dos había nacido destinado a la gloria (eran hijos de familias pobres del interior de sus países), sino que lograron ascender en sus caminos por méritos propios.

Ambos fueron conocidos por un nombre elegido, un apodo, un seudónimo, no por sus nombres de bautizo. Con ellos se termina una época.



© Mika Otsuki / Yomiuri / The Yomiuri Shimbun via AFP

Un ejemplo cauteloso

Imagino que los lectores ya habrán adivinado a quiénes me estoy refiriendo.

Uno es Edson Arantes do Nascimento, conocido como Pelé, el más famoso futbolista de todos los tiempos, ganador de tres copas del mundo (1958, 1962 y 1970), autor de más de mil goles, un deportista sin igual que lució en los estadios su belleza y potencia y su piel negra en tiempos en que el racismo era todavía ley en gran parte del mundo.

Pero no fue una estrella estridente, como su sucesor en el trono del fútbol, Diego Armando Maradona. Ni una voz punzante por el cambio en el mundo, como la otra gran estrella negra del deporte del siglo xx, Mohammed Alí. Fue una luz, un ejemplo cauteloso, que se fue apagando fuera de los focos y los micrófonos.

Mientras vivió, Pelé no usó su enorme prestigio para promover cambios sociales, ni siquiera se enfrentó a la dictadura militar de su país o a las causas del Tercer Mundo: ese quitarse de los temas políticos fue criticado por los que no entendían cómo alguien que provenía de la pobreza de un grupo desfavorecido no usaba la atención pública para exigir cambios.

Tras la muerte de Pelé el 29 de diciembre, escribió Sebastián Kohan Esquenazi en Ciper: «Pelé es y será el paradigma del futbolista apolítico. Ese que siempre se mantuvo calladito, sin meterse en problemas. Ese que, durante más de veinte años, después de cada triunfo brasilero, se abrazó con Emilio Garrastazu Medici, el mismísimo dictador de la nación. Entiendo que los futbolistas son futbolistas, y que no se les puede pedir que sean activistas para darles valor. No es necesario que cada futbolista sea Sócrates para tenerle admiración. Pero también es cierto que algunos tienen sangre y otros no, y que algunos tienen unos principios que a otros les faltan. Pelé era “un hombre común que no sabía nada de política”, como decía él. Tan común que se volvió sumiso».

Y, sin embargo, este no meterse en temas candentes, que lo separan claramente de su principal rival al trono del balompié en el siglo xx —Maradona—, es para muchos de sus admiradores una virtud. Tras su muerte, tomaron su silencio, que fue siempre parte de su personalidad y su visión de cuál debía ser su papel en Brasil y en el mundo, como una forma de representar una visión del ídolo deportivo como alguien que «opina con los pies», como un



atleta que no presenta ideas y afiliaciones políticas, sino que representa un ideal de talento, mérito, plasticidad deportiva y artística, en la que cada uno puede poner las ideas que quiera.

Sus defensores dirán que en esta prescindencia Pelé se convierte en patrimonio de todos. No el paladín de una causa, sino el guerrero en pantalón corto de todos los brasileños y un bello rostro negro en el que los oprimidos del mundo pueden identificarse, sin necesidad que les sulte un discurso.

Sus detractores piensan, por el contrario, que, en esta falta de jugársela por valores básicos como la democracia y los derechos humanos y contra el racismo hay una ausencia gravosa. El fútbol de Pelé sería el opio de los pueblos, que aleja a los aficionados de los problemas cotidianos y las decisiones esenciales en una sociedad democrática. Pelé es para ellos objeto de admiración, pero no sujeto de la historia.

Un intelecto firme

El otro muerto ilustre es Joseph Ratzinger, quien adoptó el nombre de Benedicto XVI cuando fue elegido Papa en 2005, e impactó al mundo cuando renunció al papado ocho años después. Respetado teólogo, admirado brazo derecho de su antecesor Juan Pablo II, temido jefe de la Congregación para la Doctrina de la Fe, antiguo Santo Oficio, inició cambios profundos y se enfrentó a desafíos de calado en la Iglesia. Su conservadurismo y además calmado lo diferencian de su carismático antecesor y su sorprendente sucesor.

También su ascenso fue una sorpresa: tranquilamente, en las sombras, había moldeado las políticas de su antecesor. Juan Pablo II fue una figura central, sin la cual no se entienden los grandes cambios de finales del siglo XX, como el auge y las crisis de la teología de la liberación en Latinoamérica o la caída del Muro de Berlín en Europa.

En su obituario, publicado tras su muerte el 31 de diciembre (dos días después de Pelé), Ian Fischer y Rachel Donadio del *New York Times* lo definen así en su primer párrafo: «Benedicto XVI, el papa emérito, un erudito silencioso de intelecto firme que pasó gran parte de su vida haciendo cumplir la doctrina de la Iglesia y defendiendo la tradición antes de conmocionar al mundo católico romano al convertirse en el primer papa en seis siglos en renunciar, murió el sábado. Tenía 95 años».

¿Sería muy arriesgado comparar a su predecesor y su sucesor —Juan Pablo II y Francisco— con un Maradona, tremendamente populares, innovadores en su trato con los medios, activos en debates actuales y partícipes de la política de su tiempo?

¿Y acaso emparejar a Benedicto como un Pelé, un modelo más callado, conservador, atento a las normas en las que fue educado, deseoso de conservar un mundo en peligro de caerse en pedazos?

Un mundo que ya no existe

En los mismos días de comienzos del año en que Pelé era velado ante miles de admiradores en el estadio del Santos, el club en el que militó prácticamente toda su carrera (nunca jugó en un club de Europa), miles de fieles acudían al funeral de Benedicto en el Vaticano, la sede de la Iglesia a la que sirvió toda su vida y en la que ejerció un enorme poder, siempre en Europa (en Italia y su natal Alemania).

Ese apego a las instituciones donde fueron formados es algo poco común hoy en un futbolista, y ese centrarse en un rincón pequeño y antiguo de la fe católica, mientras la Iglesia vive en otros continentes, es también inusual para un prelado.

El no moverse hizo a estos hombres figuras mundiales. Y el no moverse en términos doctrinarios, defendiendo una forma tradicional de entender la vida, el deporte y las creencias, los transforma para sus nostálgicos en paladines de lo permanente en un mundo en constante movimiento.

No habrá un nuevo Pelé, no surgirá en el fútbol alguien como él. No solo por sus virtudes como jugador, sino por su vida, alejada de lo que hoy son las estrellas. Tras dejar la práctica del fútbol no se convirtió en entrenador, ni dueño de clubes, ni estrella de la televisión. Tras su breve paso por el ministerio del deporte, Pelé se dedicó a ser el recuerdo de Pelé para sus compatriotas.

Y no habrá otro Papa como Benedicto, que anunció su dimisión (la noticia más asombrosa en la Iglesia desde 1415) en latín y de forma oblicua, como si el mundo fuera todavía el orbe católico que pudiera entender gestos de otra época. Sus citas y gestos que ofendieron a judíos, musulmanes y ortodoxos y por los que tuvo que pedir perdón son, vistos desde su cerrado tradicionalismo, muestras de incompreensión de cómo un mundo que se aleja de sus dogmas lee a un personaje anticuado.

Incluso su elección de vestimenta se veía como extraña, en comparación con la imagen más actual de su sucesor.

Al final, la imposibilidad de lidiar con crisis actuales —los escándalos económicos y sexuales de su grey— hicieron al más tradicionalista tomar una decisión sorprendente.

El mundo de Pelé y de Benedicto ya no existe. Yo creo que es buena la apertura al cambio, la vitalidad de adaptarse a lo nuevo, el moverse, el mostrar distintas caras. Yo no quisiera volver al mundo de Edson y de Joseph.

Y, sin embargo, al recordar sus figuras señeras, queda un regusto a extrañar lo perdido, a lamentar la pérdida ineludible de lo que se resistía al cambio y creaba a su alrededor un campo de fuerza que uno siempre sabía dónde estaba. /M